

## PRÓLOGO. MI FAMILIA

“Mi nombre es Alentejo Rodel de la Cámara y nací en un pequeño pueblo de la provincia de Jaén, en el valle del Guadalquivir, en mi lejana y muy añorada España la más grande de las naciones.

El motivo por el que me propuse escribir la historia de mi vida, porque al fin y al cabo no es esto otra cosa, es el más egoísta de todos, pero no por egoísta es menos frecuente, y es que el deseo de perdurar eternamente es intrínseco a la naturaleza humana.

Cuando acepté la condición que me impedía prolongarme en el tiempo a través de mis hijos o haciendo grandes descubrimientos que pasasen a la historia con mi nombre o quizá convirtiéndome en una figura política o militar a la que se recordase por su destreza, me di cuenta de que la única manera que tenía de no pasar desapercibido por la vida, de no ser una sombra más que vive y muere sin pena ni gloria, era dejar testimonio escrito de la existencia de mi persona y con un poco de suerte que alguien lo leyese, pues dadas las circunstancias es casi lo máximo a lo que puedo aspirar.

Bueno, como decía nací en un pequeño pueblo de Andalucía hace ya tantos años que los recuerdos de mi infancia están casi olvidados por completo y los pocos que me quedan están tan borrosos que a veces dudo si de verdad ocurrieron así las cosas o las he ido idealizando y mejorando mientras se maceraban en mi cabeza

como un buen vino dentro de un barril de roble. De todas maneras me comprometo a relatarlos lo más fielmente que la memoria me permita deleitando o aburriendo al intrépido lector, que espero algún día llegue a tener en las manos el producto de mis rememoraciones, el cual según parece, ya empieza a hacerse monótono. Prosigo.

Corría el año 1771 cuando vi el mundo por primera vez. Mi padre Rodrigo Rodel estaba en casa del señor cura arrancándole una muela pues a Don Ignacio, el párroco, le atormentaban tanto los dolores del diente podrido que no tuvo fuerzas para ir él mismo a casa del barbero.

Así recibió mi padre la noticia del alumbramiento y le entró tanta prisa que le pegó un tirón al causante del dolor de Don Ignacio que la cabeza se le movió del sitio y decían los viejos que antes no tenía el cuello tan largo. Motivo por el cual deduzco yo, aquel hombre santo lavó mi original pecado con más agua de la necesaria en la pila bautismal obviando el detalle importante de mi inocencia en la elección del momento que marcó el comienzo de mis penas y desventuras.

Mi bien amado progenitor era el barbero del pueblo y ejercía la profesión en su casa como era la costumbre, pues tener un taller era un privilegio al que solo podían acceder los miembros del gremio en las grandes ciudades y en esos casos casi siempre formaban parte de la vivienda misma. Mi padre, al que recuerdo siempre con su ancha camisa blanca impoluta arremangada a la altura de los codos, con un chaleco negro abierto encima y el abundante pelo negro atado cayéndole pesadamente sobre la espalda, trabajaba en el comedor de casa y además de pelar cabezas y barbas lo vi muchas veces arrancar muelas e incluso en alguna ocasión coser el dedo de algún labriego poco diestro con la hoz, algún descalabro y algunas otras operaciones de ese tipo que al necesitar cierta urgencia, hacían que desplazarse a la ciudad en burro para buscar

un médico con el coste de tiempo y dinero que eso implica no fuese la solución óptima.

Así que de esta manera fue como mi padre pudo criarnos a mí y a mis siete hermanos, de los cuales yo era el menor. No siempre estuvo solo, que se casó dos veces y dos veces quedó viudo. De su primera mujer, que se llamaba Teresa nacieron siete hijos y todos le vivieron menos uno, muriendo ella misma de unas fiebres que le dieron cuando parió a mi hermana Eulalia. De la segunda, mi madre, le quedamos solo dos y otros dos murieron antes del año. Al ser yo el pequeño casi no me acuerdo de ella, pero sé que se llamaba Isabel Margarita y que murió con mucha tos y sudores.

De los ocho hermanos tres éramos varones y cinco hembras y ordenados por edades de mayor a menor la lista resultaría así: Salvador, Genara, Lucía, María Amalia, Eurico, Eulalia, Carlota y yo. Mis hermanas hacían trabajos propios de su sexo como tejer o lavar para casa o para otras personas con más dinero y mis hermanos otros que procedo a escribir.

Salvador había ayudado como aprendiz a nuestro padre hasta que se casó con la hija de un jornalero y se fue a vivir con ella a su pueblo. Lo recuerdo vagamente de una visita que nos hizo, trajo regalos para todos y parecía que era muy feliz con su familia, le había tocado tierra del reparto de Campomanes y le iba muy bien. A mí me trajo una capa larga y un sombrero redondo lo cual le hizo poca gracia a nuestro padre, que mantuvo una larga charla con Salvador sobre el asunto. Nunca me prohibió llevarlos, aunque por aquel entonces ni lo uno ni lo otro se ceñían a mi pequeña estatura.

Mi hermana Genara limpiaba la iglesia y la casa del cura así como su ropa y otros efectos además de hacerle la comida y los recados, cuando llegaba alguna fecha importante le sacaba brillo a las coronas de los santos, lavaba sus capas, pulía los clavos de la cruz y con la ayuda esporádica de mi hermana Lucía para esas ocasiones,

dejaba la iglesia digna de la entrada del mismísimo Pío VI, que seguramente habría pensado que los santos y vírgenes iban a bajarse de sus pedestales e iban a ponerse a deambular entre los vivos movidos por la fulgurante luz celestial que parecían emanar de tan limpios como quedaban.

Cualquiera que hubiese entrado en la iglesia por aquellos días podía haber visto a mis hermanas correr de un lado a otro con palanganas y trapos, moviéndose ágilmente pese a sus largos vestidos de paño de anchas caídas, con incómodos refajos y apretadas pelanduscas, levantándose un poco la falda para subir a las escaleras cargadas con sus instrumentos de limpieza dejando ver la modesta, la pícara y la secreta además de unos zapatos de esparto, o alborgas como se les conoce comúnmente. Este calzado estaba muy bien trenzado pero era muy poco fino y cubría unas demasiado remendadas medias calzas.

Sobre sus cabezas y cubriendo sus hermosos cabellos de fino rizo que compartían como herencia de su madre, llevaban siempre sendas cofias o pañuelos de hilo blanco.

Todo el mundo decía que mi hermana Genara nunca se casaría y eso a mí me atormentaba puesto que pese a ser una mujer guapísima no tenía ningún pretendiente que la cortejara, lo cual daba la razón a la voz del pueblo. Más de una vez lloré por ella y hoy por hoy con la perspectiva que da el tiempo transcurrido no me parece tan extraño que no la rondasen los hombres, pues al parecer mi bella hermana de negros rizos era la mantenida del cura y esto era un secreto a voces que estaba socialmente aceptado y que nadie juzgaba.

Lucía no tenía un oficio propiamente dicho y además de ayudar a Genara cuando se lo pedía, hacía las tareas de casa, ayudaba en la matanza y en las faenas del campo, trillaba, aventaba, era tan buena con la horca como encima de un mulo y muchas veces oí decir a

mi padre que valía tanto como un hombre. A Lucía sí que se la riñaban en el pueblo, casi todos los mozos habían pasado por delante de la reja de su ventana cantándole sus alabanzas, sabiendo incluso que ella solo tenía ojos para Gabriel, un pastor de cerdos con el que ya estaba prometida con el beneplácito de nuestro padre y con el que se casaría cuando tuviesen casa.

María Amalia también se dedicaba a las tareas de la casa como Lucía, pero no le ponía tantas ganas como ella y parecía que todo lo hacía con desidia, sin ganas. Cuando en mis pueriles juegos hacía un alto y mis ojos se posaban sobre ella por casualidad mientras lavaba la ropa o echaba de comer a la cerda, la sensación que me daba era que le pesaban los brazos o que si los movía más deprisa se le podían caer y por eso tenía tanto cuidado. Puede que lo hiciese así para no dañar los finos volantes que adornaban los puños de las mangas de su vestido. Todas las mujeres del pueblo usaban de mangas que llegaban a mitad del antebrazo y les daba el aspecto de tener las manos más finas y largas, pero eran muy pocas las que llevaban puñetas como ella.

Solo la veía correr o saltar en la feria del pueblo, una época del año en la que multiplicaba las horas que de normal pasaba acicalándose y mirándose en el espejo, peinándose el pelo oscuro y largo en complicados tocados usando más tiempo del necesario para adecentarlo. Yo no la culpo porque a todos nos pasaba algo parecido, era como si la misma feria trajese un aire cargado de una euforia incontrolable.

A Eurico nunca lo conocí en persona puesto que como el oficio de aprendiz de barbero ya estaba ocupado por Salvador, se alistó en el ejército y las únicas noticias que teníamos de él eran las escasas cartas que nos llegaban desde los distintos puntos de la geografía española con recuerdos para todos y promesas de pronto regreso, lo que sí sé es que estuvo en la guerra contra los ingleses